



... no informatizados y bastante menos influenciados por ideas innovadoras de esas que conceden derecho a existir a creencias de todo tipo incluidas las más excéntricas que “estos tiempos nuestros” infinitamente más eclécticos, no lograba (en primer lugar) ni hacerse con ellos ni entenderlos ni admitir su versatilidad ni su elasticidad ni su “dimensionalidad” y, en segundo lugar, no conseguía dar forma en su sentir al ser de una criatura como “nuestra Genoveva”, ni hacerse una composición de lugar del porqué ni el para qué de sus designios o (visto con los ojos de ella) “servidumbres contra las que no puedo rebelarme”.

Veíase por tanto ante situaciones en las que, no cuadrándole aquellos con estos espacios y viceversa, y desubicado por completo él mismo, no acertaba a reaccionar improvisando, como hacíamos todos, situaciones y parentelas que mantuviesen una cierta cohesión al objeto de dejar el terreno medianamente allanado al siguiente y adjudicaba — cuando era el agraciado¹ — parentescos y quehaceres y emociones imposibles que por respeto a su memoria se acataban sin pestañear, pero, luego, cada cual en compañía tan sólo de su propia soledad, traían de cabeza a todo el mundo buscando la punta de la hebra de la que ir tirando para ir por lo menos tirando hasta que llegara el día en que la nebulosa que nos envolvía empezara a disiparse y pudiéramos vislumbrar unos atisbos (remotos y difusos por el momento, pero alentadores) de quiénes éramos, y dónde estábamos, y qué estábamos haciendo para encontrar un punto de partida o de llegada del que se desconocía si nos estábamos alejando de avanzada o acercándonos en retirada.

¹ Para desgracia de todos los demás, pues mote que pasaba por sus manos salía tan embrollado y confuso que nadie sabía por dónde agarrarlo.